

CONSIDERACIONES EDUCATIVAS DESDE REFERENCIAS COMUNITARIAS: NUEVO ORDEN MUNDIAL Y NUEVA CULTURA

Francisco Suárez Salguero



SUMARIO: Tras los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, debidamente contextualizados, se sigue, según diversos analistas y si atendemos al fenómeno de la globalización, que es necesario un enfoque me-nos enclaustrado o parcial en la toma de decisiones, desde los ámbitos políticos o militares a los educativos y culturales. Sobre esta necesidad, requerida de nuevas actitudes y cambios de mentalidad, trata este artículo.

SUMMARY:

After the events of September 11th 2001 in the United States, in their correct context, it follows that, according to different analysts and if we pay particular attention to the phenomenon of globalization, it is necessary an outlode less claus-tured or partial in the making of decisions, from political or military spheres to educational or cultural ones. Precisely about this necessity, which requires new attitudes and changes in mentality, deals this article.

Uno de los fines consecuentes en una buena educación es el de formarse debidamente en la tarea de tomar decisiones. Todos los sistemas educativos conllevan decisiones políticas y de desarrollo cultural en un determinado sentido o en varias direcciones, según las circunstancias y perspectivas de cada momento histórico.

En todos los ámbitos y tareas de la vida resulta esencial saber tomar decisiones sabias, ponderadas, responsables, justas y acertadas, encaminadas a lo bueno, según el sentido prudencial, aristotélico, de *phronesis*. Sobre consideraciones educativas al respecto trata este artículo, haciendo referencia a tres perspectivas que se estiman necesarias y deseables: 1) educar en sentido comunitario, 2) para responder al nuevo orden mundial desde el fenómeno de la globalización, 3) de modo que se propicie creativa una nueva cultura. Hoy se requiere un desarrollo cultural, civilizado, con el suficiente tono moral, ético y humanista, abierto y también trascendente, respetuoso y dialogante, que favorezca la paz desde la interdependencia y zanje dualismos, dicotomías, rechazos, intolerancias, fanatismos, etc. En una palabra, se necesita una nueva cultura humanista, de identidad humana en la que puedan contemplarse todas las particularidades, todas las demás identidades.

El término o concepto "nueva cultura" no es ajeno, en este artículo, a su correlativo cristiano "nueva evangelización", salvando las distinciones correspondientes, pero sin dejar de hacer, en cierto modo, filosofía y teología a la vez, en un sentido que se podría decir tomista de abordar los temas. Aunque sea un logro reconocido el de la diferenciación de planos, parece que no debiera obsesionar tanto. Téngase en cuenta, al menos como una aportación más, el contexto y las propuestas de la Iglesia Católica en torno al reciente Jubileo del año 2000. También en la encíclica de Juan Pablo II, *Fides et ratio* (1998), abundan referencias al respecto.

Para que se produzca una nueva cultura se requiere también una nueva forma de hacer política, de tomar decisiones al respecto. En la era de la globalización, la humanidad entera comparte una vocación y un deseo de creatividad, sin renuncia de las peculiaridades adquiridas, de las propias identidades. Lo más fundamental que parece importar a todos es referir todas las aspiraciones al respeto y aplicación de los

derechos humanos, desde cuyas coordenadas se plantea en general la educación moral. Con todo, parece conveniente insistir en la referencia comunitaria, primordial en esa tarea educativa.¹

¿Qué es una comunidad? Puede responderse diciendo que es cualquier grupo de personas que mantienen relaciones desde condiciones o cosas comunes y/o compartidas. Lo que se vive o se tiene en común, como constitutivo de comunidad, se disfruta por los varios componentes o miembros que integran esa comunidad, de manera igual o proporcional pero sin pertenencia en particular. Esto es lo que se indica cuando se dice la expresión "en común". *"Comunidad es un vocablo que procede de la palabra latina communitas, que a su vez se deriva de communis, lo común. Así pues, comunidad es tanto como calidad de común, comunión, unión"* (Díez, 1980, 13).

Definir lo que se entiende por comunidad requiere precisiones, como ocurre con todo lo que es complejo y variado. No puede confundirse lo que se entiende por comunidad con lo que se supone que es asociarse libremente o constituirse en mero colectivo social. En estos casos se comparten condiciones o características coincidentes, pero no son constitutivas de comunidad. No es lo mismo mantenerse en una cierta referencia de solidaridad que vincularse en lo común de una manera fuertemente relacional. Hay que distinguir, pues, que hay colectivos de diversa índole y tipificación (profesionales, económicos, de movilidad social, vecinales, de condición sexual, etc.) y por otro lado hay verdaderas comunidades propiamente dichas (familias, colegios, iglesias y demás establecimientos institucionales de más o menos proximidad de sus miembros, pero siempre fuertemente vinculados).

Cabría decir que la auténtica comunidad es la que se define por sus fines en cuanto buenos y positivamente deseables.

"Existe un sentido popular de 'comunidad' que da por supuestos los compromisos hacia fines buenos, las relaciones de amor mutuo entre los miembros de la comunidad. Ésta podría ser la fotografía

I.- La necesaria educación en y desde el sentido comunitario.

más o menos verdadera de algunas comunidades, pero no necesariamente de todas. Una banda de terroristas o de fanáticos religiosos son también ejemplos de comunidad" (Grisez - Shaw, 1999, 62-63).

En todo caso, puede preferirse llamar comunidades auténticas a las buenas o teleológicamente ejemplares, según criterios inteligentes y racionales o del sentido común.

"Las buenas comunidades implican un compromiso apropiado a buenos propósitos, que se expresan en un comportamiento adecuado. Una mala comunidad es aquella en la que algo moralmente malo se oculta en relación con el compromiso, los propósitos, el comportamiento, en todos estos aspectos a la vez o sólo en alguno de ellos" (Grisez - Shaw, 1999, 62-63).

Lo cierto es que no hay comunidades químicamente puras, es decir, en las que no exista algo de abuso y explotación. Las grandes sociedades, si se consideran comunidades, suelen ser susceptibles de padecer más una gran dosis de abuso y corrupción o dosis de injusticias, por los muchos "manejos" que se dan en ellas. "Quizás las comunidades pequeñas basadas en relaciones inmediatas interpersonales resultarán mejores" (Grisez - Shaw, 1999, 151). Las comunidades son mejores y más auténticas cuanto más se dan a la medida humana y con calor humano (familia, escuela, parroquias y otras pequeñas instituciones cada una según sus fines u objetivos bien determinados).

Los filósofos comunitaristas han resaltado bien muchos de los aspectos que entran de lleno en la temática de este artículo.² Pueden verse algunos de estos autores y títulos de sus obras en la referencia bibliográfica (Sandel, Bellah, Walzer, Taylor, MacIntyre). Walzer aparece entre los de actitud y pensamiento más abiertos. Para abundar sobre MacIntyre pueden verse las investigaciones de Ruiz Arriola (2000) o mi propia tesis doctoral que cito en la referencia bibliográfica con la debida condescendencia del lector.³ De Taylor caben destacarse aspectos comunitarios que, en gran medida, tienen correspondencia con algunas realidades propias del autonomismo y soberanismo en la articula-

ción territorial española. Taylor es un representante intelectual de la política mantenida en Quebec relacionada con Canadá. Es interesante tener en cuenta su estudio comunitarista de la autenticidad, bien necesitada de ser puntualizada en las relaciones humanas. Todos los comunitaristas dan pie a la reflexión comunitaria desde la clave fundamental de la identidad, tan manejada en los nacionalismos y, perversamente, en los radicalismos que conducen de mala manera a muchas formas de terrorismo.

Educación en y desde el sentido comunitario implica precisamente la purificación de los radicalismos extremos, afianzando, teórica y prácticamente, la dialéctica de la verdad sobre la del miedo, pues éste siempre tiene que ver con la mentira, lo falso, lo distorsionado, lo exagerado como invención. Precisamente la buena actitud ante la verdad es la que más puede ayudar a no absolutizar lo parcial. Puede tenerse por seguro que la verdad es la capacidad de autenticar las relaciones comunitarias. Sin verdad no hay comunidad. En la práctica, la no verdad es la manipulación. Las solas apariencias de verdad o las verdades a medias son caldo de cultivo y requisito nefasto de la manipulación, la extorsión, la explotación y la injusticia. No hay buena comunidad si las relaciones humanas que la conforman no son limpias y sinceras, dialogantes, respetuosas y hasta cordiales. Tampoco hay relaciones de comunidad si no se sabe o no se practica la vinculación desde la particularidad, por un lado, y la universalidad, por otro. La comunidad no es propiamente uniformidad. Hay que tener en cuenta que vivimos en el reconocimiento de la pluralidad personal y social, así como hay que considerar que toda comunidad tiene sus límites (Thiebaut, 1992).

"La comunidad -nos recuerda también Díez (1980, 14)- surge de la voluntad de unión de las personas que se entrelazan entre sí, fundiéndose en un organismo de interrelación sin perder la propia identidad e individualidad."

La comunidad es la superación del individualismo, sobre todo en su expresión más cruda del moderno liberalismo o de la mentalidad neoliberal, pero nunca la comunidad puede ser la superación de lo personal de modo que se difumine confusamente en lo colectivo. También puede decirse que, a veces, tanta discusión, más o menos metafísica, sobre identidades y reivindicaciones al respecto puede resultar con-

traproducente, por desviación de atenciones, en relación a otros problemas o asuntos de más verdadera trascendencia social.

No es lo mismo el bien común que el interés general. Un humanismo cívico (Llano, 1999), ayuda a insistir más en lo primero que en lo segundo. El bien común es menos ajeno al interés personal que el interés general. La comunidad, por tanto, está al servicio de la persona, más que la persona lo esté respecto de la comunidad. En todo caso, no debiera darse dicotomía ni dualismo al respecto, como no debiera darse entre moral personal o privada y moral social o pública. Lo que puede valer como metodología disciplinar, en lo académico, no es lo que, de hecho, se da o debiera darse en la vida misma, imbricada de relaciones interdependientes.

Dorado Soto y otras autoras (1988, 63), señalan cómo "*la comunidad es el lugar natural donde el ser humano tiene que ser acogido y reconocido*". Señalan lo siguiente: "*Conviene dejar bien claro desde el principio que la comunidad humana no es algo meramente 'natural', instintivo, sino que es indispensable llevar a cabo la reconstrucción comunitaria de la realidad, y no limitarse, como acontece con frecuencia, a su mera construcción social.*" Duch (1997), por su parte, señala que "*la crisis actual, crisis de acogimiento y de reconocimiento, se experimenta de manera muy aguda como crisis de la comunidad*".

Cómo habrá que educar, por tanto, en y desde el sentido de comunidad? Ante todo, parece conveniente aclarar las cosas en términos de identidad (Jáuregui, 2001; López de la Osa, 2001). Hay autores que no parecen ver con buenos ojos otra identidad que no sea la identidad humana general y universal, junto a otros autores que también destacan la identidad de raza, pueblo, nación, etc. Otros destacan identidades políticas, religiosas, ideológicas o de connotaciones culturales diversas. Hay, finalmente, autores que aterrizan a concreciones propiamente locales y de ámbito humano más o menos íntimo, como es el que corresponde al terreno familiar, educativo escolar, de las comunidades religiosas a pequeña escala (por ejemplo parroquias o, en sus casos, mezquitas, sinagogas, etc.) y otros tipos de asociaciones muy vinculantes, colegiadas, etc. Entre lo difuso y lo concreto se haya cualquier acercamiento o consideración sobre la identidad de sexo, lo cual es de una gran importancia no sólo social (o político, laboral, jurídico, etc.) sino también comunitario (de integración, reconocimiento, etc.).

Se puede insistir, sin embargo, en no exagerar los acentos sobre la identidad, sobre todo si se desciende demasiado a consideraciones hasta sanguíneas. ¿Tiene algo que ver la identidad con un determinado grupo sanguíneo? Considerar tan vital la identidad, de manera exagerada, puede significar también considerarla mortal. De hecho, dar por determinada una identidad, como si no fuera procesual y dinámica, cambiante y modificable, puede suponer matar y muerte, marcar definitivamente a alguien como marcan las lápidas de un cementerio. Por eso, a la identidad le hace falta siempre la posibilidad sobre el acabamiento, el proyecto sobre la realización, la esperanza sobre la rigidez de lo radical que es la muerte o tiene que ver con ella. No es extraño, por tanto, que los defensores a ultranza de identidades sean fascistas o nazis o terroristas, fanáticos excluyentes y aniquiladores.

La identidad es algo de lo más propio y necesario para la comunión, pero lo que importa es que sea una identidad para la relación, para el encuentro interpersonal y para la más abierta convivencia, culturalmente creativa, interculturalmente enriquecida. No parece que debamos caer en lo que dice López Quintás (1999, 213-214) cuando se refiere a las palabras "talismán". Suele ocurrir, según dice este autor, sobre todo con la palabra libertad, pero puede pasar también con la palabra identidad. Cuando se acepta el recurrente carácter talismán de ciertos términos y conceptos, exageradamente prestigiados, éstos encandilan y ciegan, seducen y amenguan el poder de discernimiento, hasta pensarse cómo términos o conceptos sin limitaciones, absolutos e indiscutibles.

En el mundo globalizado no parece que sea posible ignorarse mutuamente o mantener posturas indiferentes. Más que islas, habrá que sentirse archipiélagos. Sólo fijándonos en las relaciones entre España y Portugal, cabe esperar que no sigamos como si fuéramos siameses pegados por la espalda, como se ponía de manifiesto recientemente en un encuentro entre las conferencias episcopales de ambos países. También el Estrecho de Gibraltar tendrá que ser menos estrecho, aunque lo siga siendo en lo estrictamente geográfico. En lo humano tienen que seguir cayendo fronteras. No es de recibo, en un mundo globalizado, que todo tenga libre circulación y no tanto las personas. Las mismas autonomías políticas, con ser justas y/o legítimas, tendrán

que ser también más interdependientes que independientes, lo mismo que ha de ocurrir entre los diversos estados o naciones, así como entre los continentes y los hemisferios.

Todo lo señalado nos hace constatar la necesidad de considerar ciertos aspectos educativos y de comunicación de la cultura desde nuevos enfoques e implantaciones de planteamientos. Se requieren nuevas orientaciones educativas, para responder el nuevo orden mundial, desde el fenómeno de la globalización y la interdependencia, posibilitando una nueva cultura.

2.- Responder al nuevo orden mundial desde el fenómeno de la globalización y la interdependencia.

El fenómeno de la globalización no es un tema tan reciente, como pudiera pensarse, sino que se remonta a las situaciones que dieron origen al derecho internacional. No habría más que asomarse al legado que nos dejaron Grocio o Francisco de Vitoria para percatarnos de ello.⁴ Sin embargo, hay situaciones recientes, además de las propias de nuestra sociedad informatizada en toda su amplitud de redes y medios de comunicación, que han puesto en auge y de moda tal fenómeno.

La globalización puede decirse que comienza en 1989, tras la caída del Muro de Berlín. El mercado entonces se mundializa más y las relaciones internacionales toman un sesgo nuevo, distinto al de períodos anteriores del mismo siglo XX.

Efectivamente, a partir de 1989, empezó a hablarse de un nuevo orden mundial, mientras cesaban los totalitarismos socializantes y el talante democrático se exigía por doquier con señalados acentos.

El fenómeno de la globalización también tendría pronto su contrapartida y su contra, surgiendo movimientos antiglobalización, que comenzaron en Seattle, llamando la atención sobre efectos abusivos, desenfrenados y explotadores (Malem, 2000; Saxe-Fernández, 1999). Mientras se acortaban unas distancias, sin muros de por medio, entre Oriente y Occidente, se agrandaban abismalmente otras, ahora hemisféricas, entre Norte y Sur. Los Estados Unidos de Norteamérica quedaban como única superpotencia mundial, una superpotencia bastante engolfada sobre sí misma que sigue dejando mucho que desear

en problemas mundiales tales como la salud ambiental del planeta o los reclamos de justicia y paz en numerosos casos de genocidio y en bastantes situaciones requeridas de una más efectiva y mejor repartida cooperación internacional.

No parece que deje de ser muy significativa, para comprender mejor la era de la globalización, la fecha del 11 de septiembre de 2001, añadida a la fecha de 1989. Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 son de sobras conocidos, pero seguirán por mucho tiempo aportando claves interpretativas y de análisis. Los Estados Unidos sufrieron unos ataques terroristas horribles, a la vista de todo el mundo en prolongados noticiarios. Esos atentados crearon conciencia, también en los Estados Unidos, acerca de la interdependencia de todas las naciones. El planeta entero está llamado a ser una gran comunidad global en la que a nadie se le debiera permitir sustraerse en sus responsabilidades y compromisos. Enseguida se puso de manifiesto que, contra el terrorismo internacional, se hacía más necesaria que nunca la colaboración a nivel mundial y no sólo en la forma militar. Se establecieron alianzas impensables antes, abriéndose así el camino a nuevas esperanzas de paz, eso sí esperanzas muy realistas y dificultosas en cuanto a percibirse limpias en procedimientos. Lo cierto y verdad -parece ser con toda seguridad- es que se impone mayor necesidad de entendimiento y el mutuo recurso de todos los ámbitos internacionales en acopio de causas comunes. Debería esperarse, sin embargo, y ante todo, que las motivaciones estratégicas y a corto plazo, se transformaran en motivaciones éticas y de largo alcance, lo cual no parece que pueda acontecer sin el afianzamiento cultural nuevo y verdaderamente educativo que habría que procurar.

El reto y el objetivos planteados al respecto, ante el fenómeno de la globalización, conllevan el compromiso de formar a las nuevas generaciones en la interdependencia, lo cual requiere un modo nuevo de enseñar a tomar decisiones, ya que éstas habrá de ser en adelante las tendentes a mejorar cualitativamente las condiciones de vida de todos los seres humanos sin excepción. Hay que aprender a forjar el nuevo orden mundial aunando voluntades y deseos, involucrados todos en hacerse más amigos o por lo menos socios respetables y bien considerados. En el nuevo orden mundial no habrían de haber ni siquiera

resquicios por los que se cuecen enemistades y contiendas innecesarias (puesto que lo necesario es la paz generadora de progreso, o el progreso generador de paz, en la medida en que, humanizado y humanizador, esté al alcance de todos). La "utopía" de la fraternidad universal se patentiza cada vez más, lo cual no deja de tener importancia para los creyentes y en la dinámica de los encuentros ecuménicos e interreligiosos. Sobre todo hay que convenir en contra de fanatismos y violencias en nombre de credos, dejando siempre a Dios en el lugar que le corresponde, es decir, en buen lugar.

Ante el nuevo orden mundial hay que proponerse caminar hacia un mayor respeto que garantice cotas de mayor equidad y justicia. Los países desarrollados no pueden desentenderse más de los países en vías de desarrollo. El apoyo que estos países necesitan es el de la solidaridad y el de atender a la solicitud en el orden social, tal como se expone, por ejemplo, en la encíclica, de Juan Pablo II (1987), *Sollicitudo rei socialis*. No hay muchos documentos que sean tan acertados como éste al respecto. El apoyo solidario, justo y necesario, no es el apoyo útil o autointeresado, sino el verdaderamente cooperativo y colaborativo, es decir, auténticamente comunitario, también a gran escala. Hay que moverse en el ámbito axiológico más que en el meramente pragmático, lo cual exige aterrizar más y mejor en planteamientos y supuestos culturales. Nuevos enfoques educativos pueden plantearse y deben plantearse, por tanto, si todo el mundo aprende el significado de las decisiones que se originaron en los atentados del 11 de septiembre de 2001. Tanto los atentados como los hechos que siguieron a los mismos han de servir de grandes lecciones para toda la humanidad y en particular para quienes ostentan las mayores responsabilidades, empezando por las responsabilidades educativas. Muchas lógicas tienen que cambiar (lógicas políticas, militares, financieras, de mercado, etc., incluso lógicas religiosas). Habrá que pensar que nada sea rentable, ni viable, si no es justo y equitativo de la manera más benefactora y totalmente generalizada.

"*Un nuevo orden mundial* -escribe Hernández Colón, con gran apertura universal- *requiere una nueva ética que informe las decisiones desde el nivel personal pasando por el nacional hasta llegar al internacional. Esta ética parte de tratar humanamente a cada ser humano; de respetar la vida*

en todas sus manifestaciones; de respetar la justicia; la verdad y las opiniones de los demás sobre la verdad y de aspirar a una igualdad de oportunidades para cada uno sin pretender que se aprovechen de ellas como nosotros quisiéramos." (Hernández, 2002, 3)

El nuevo desarrollo, presidido por criterios axiológicos y de mayor equidad justicia, habrá que decidirse más como desarrollo sostenido erradicando ya la idea de desarrollo ilimitado, cuando no desenfrenado y desequilibrado. Hace falta *"aquel desarrollo que considera lo ambiental, lo económico y cultural de forma integral de manera que resulta ser viable ecológicamente, justo socialmente y creativo espiritualmente"* (Hernández, 2002, 3).

Es palpable, por tanto, el necesario cometido educativo y en clave de nueva cultura que se nos impone a todos.

Nueva cultura significa ante todo dejar de engañar y engañarse con *"lo políticamente correcto o incorrecto"*. Esto sólo indica que, de manera inadecuada, lo personal y privado va por un lado y lo social y público o comunitario va por otro, como si se tratara de dos distintos derroteros y no de uno convergente. Sólo la ética bien planteada integra aspectos y dimensiones, que en la vida real no se dan por separado. A esta tarea de integración y convergencia es a la que se apela en este artículo bajo la denominación de nueva cultura. En este sentido, el Cardenal Poupard es un buen exponente también a la hora de superar dicotomías y dualismos. Él habla incluso, desde sus posiciones de intelectual y eclesiástico, de superar distinguos innecesarios. La nueva cultura, según se recoge en unas declaraciones suyas,⁶ tiene que ser *"profundamente humana. Hay que acabar con esta contraposición entre humano y cristiano. Cuanto más cristiana es una cultura, tanto más humana es [...]. Cuando hay una cultura cristiana lograda, es que hay una cultura y lo vemos en un milenio de cultura cristiana europea."*

En todo caso, con consideraciones cristianas o no, como cabe también recabar de los filósofos comunitaristas o de otras corrientes, así como de la sociología más actual, lo que la nueva cultura está llamada

3. Posibilitar una cultura nueva y creativa: algunas orientaciones.

a superar es el choque de la barbarie contra la civilización. A partir de aquí esta cultura nueva ha de empeñarse en ser verdadera y profundamente creativa.

La propuesta en este artículo es la de retomar cada vez con más fuerza y ahínco la educación, no tanto ya desde candorosos presupuestos ilustrados, más o menos románticos, sino en el sentido comunitario, y en el plano de los valores, que parece necesario al mundo de hoy (Manjón, 1999). Ciertamente habrá que empezar, con realismo, por las comunidades que están más al alcance de cada cual o se presentan más a la medida humana. No cabe duda de que hoy los grandes retos educativos están sobre todo en la familia y en la escuela, no menos que en los medios de comunicación y, de forma intermedia o interactiva, en las instituciones religiosas, recreativas y asociativas en general.

Como valores orientativos a destacar pueden señalarse sobre todo los siguientes, desde sus correspondientes criterios éticos:

- El bien común es más considerable que el interés general. Los intereses particulares no son los más prioritarios. Por tanto, hay que educar y formarse en la generosidad, virtud que nos hace salir al encuentro de las necesidades ajenas y no sólo de atender a las propias.
- Luchar contra todo tipo de marginación personal y social apostando fuertemente por la integración. Que nadie se sienta rechazado, despreciado o apartado injustamente.
- Fomentar vínculos de empatía y simpatía, lo que se traduce muchas veces en servir de apoyo a los demás, levantando al más postrado y elevando al más hundido. Se trata de aquello tan elemental como llorar con el que llora y reír con el que ríe. La nueva cultura ha de ser cultura del agrado, entre otras cosas porque si no somos agradables no nos ganamos de corazón o auténticamente. Las imposiciones y los usos de fuerza, coacciones, etc., no sólo no solucionan nada sino que agravan los problemas, en todos los sentidos y a todos los niveles.
- Propiciar y favorecer los encuentros interpersonales en vez de consentir los desencuentros o protagonizar encontronazos.

Mediar, pactar, negociar, dialogar, vencer incomprendiones, disipar prejuicios, poner de verdad buena cara, etc., son asuntos o tareas de interés educativo en y desde el sentido comunitario. Siempre es preferible la flexibilidad que atrae y doblega buena-mente y no la rigidez que acarrea romper malamente. Paciencia y tolerancia son, por tanto, virtudes, perennes y siempre nuevas, para la convivencia y la vida comunitaria. Los legalismos a ultranza siempre van en contra de las actitudes verdaderamente humanas y humanizadoras. No es bueno tender tanto a legalizar las cosas sino a considerarlas en su verdadera dimensión, proporcionalmente humana, de justicia.

- Practicar auténticos éxtasis (personales) y éxodos (sociales), es decir, aprender a salir de sí, y de la propia identidad, al encuentro de los demás, y de las otras identidades, comprendiendo mentalidades y atendiendo necesidades. El valor educativo de la comprensión humanizadora siempre aporta resortes de creatividad, en los que hay que centrar mucho la educación para el futuro.
- Igual que los prejuicios, también los tópicos son muy perjudiciales, de modo que una buena educación en y desde el sentido comunitario siempre es la que habitúa a superar las falsas apreciaciones y las distorsiones de la realidad, removiendo obstáculos y dificultades para encuentros fecundos.
- Es esencial también saber crear climas de distensión y confianza. Esto quiere decir tolerar y superar lo defectuoso, sin ignorarlo, adquiriendo una visión positiva de los hechos y empleando en todo un tono de buen humor, siempre mejor que de acritud y crispación.
- Los criterios de gratitud son también fundamentales. Los otros son más un don y una ocasión que se nos ofrece siempre para algo bueno, antes que una carga a soportar. Cristianamente hablando es muy sano agradecer a Dios el regalo de las personas que nos rodean en nuestra convivencia habitual y bendecir los tiempos que nos tocan vivir. Cada mañana, más que hacer un ofrecimiento de la jornada, conviene mejor agradecer que es Dios quien nos ofrece posibilidades. No es ético desperdiciar-

las. El no creyente piense que la vida misma de cada día no merece que se viva sólo para sí o sin provecho para los demás. Nadie tiene derecho a ser feliz a solas.

- Muy valioso es el criterio de sembrar colaboración antes que moverse por exagerada competición y afán de dominio: dar lo mejor de sí mismos, permaneciendo siempre serviciales y disponibles. Sin estas actitudes básicas no hay cooperación a ningún nivel, tampoco a nivel internacional.
- El valor de la disponibilidad, aunque conlleve ciertas renunciaciones propias, es importante como hábito o virtud que capacita a escuchar. Sobre todo, desde un sentido comunitario, hay que estar dispuestos siempre a ceder algo en pro de lo mejor posible y hasta de posibilitar, sin maximalismos, lo que pudiera parecer imposible.
- Criterios irrenunciables: animar y animarse, alentar y alentarse, motivar y motivarse. Todo lo que lleva a levantar, superar y fortalecer es constructivo de la persona, de la sociedad y de cada comunidad.
- Comprometerse contra la molicie, la pereza y la indiferencia o el desinterés por las causas comunes, pues no hay comunidad o humanidad que funcione o se realice sin que todos arrimen hombros y aúpen cargas.
- Hablar y tratarse con sinceridad, sin doblez ni remilgos propios de manierismos diplomáticos. Buscar la verdad y compartirla es actitud básica, fundamental, para el progreso social y el incremento humanizador de la vida comunitaria. Son contravalores en este sentido las zalamerías, las adulaciones, los halagos, las frivolidades y todas las banalidades falsas que no conllevan amabilidad sino muy aparentemente. La frivolidad de muchos "espectáculos basura" que se ofrecen en falsos debates y programas, en los medios de comunicación, frecuentemente favorecen más los contravalores y no tanto el valor de la verdad sobre las opiniones infundadas.
- Ante quienes recelan entres sí, y mucho más si se guardan rencor, hay que aprender la hermosa disciplina de la reconciliación, hacer de pacificadores y proponer muchas veces el perdón

como única vía posible a frecuentes situaciones. No vale para vida comunitaria quien no cuenta con tener que perdonar mucho; se trata de una actitud más que apreciable, incluso ante Dios uno ha de ser antes y sobre todo intercesor y no tanto acusador. Si queremos una civilización del amor, no se puede olvidar lo del evangelio: que sólo ama mucho aquel a quien se le perdona mucho. Por otra parte, y desde un punto de vista ético, se sabe que no hay que confundir la justicia con la venganza y que la justicia sola no basta. El perdón bien considerado es la plenitud de la justicia. No añadir horror al horror debe ser motivo de clemencia y ofrecimiento de nuevas posibilidades de integración siempre. Esto vale, por ejemplo, para la consideración sobre la abolición de la pena de muerte, que debiera incluirse en la nueva cultura como cultura de la vida.

- Como la justicia sola no basta, habrá que mostrar y hacer valer la sobreabundancia de misericordia (abriendo los ojos de la juventud más en este sentido, pues parece que la misericordia tarda en aprenderse). Todos necesitamos de la mano amiga y de la compañía de alguien sin tener que acomplejarnos por ello. Debemos llegar a la autonomía propia de adultos, sin confundir autonomía con autosuficiencia. No hay disposición comunitaria si no hay disposición humilde, si uno no considera que siempre tiene algo que aprender de los demás. Además, para preocuparse del débil y necesitado, hay que aprender de las propias debilidades y necesidades.

En conclusión, hay que educar y educarse en la paz, en la concordia, en la convivencia, lo cual no es posible si uno mismo no se compromete en ser buena persona. Por eso el fin de la ética no es la convivencia sino llegar a ser buenas personas, no es un fin de orden meramente social sino personal en función de la propia felicidad y del bienestar compartido que posibilite dicha felicidad para todos.

Al que es buena persona puede decirse que le sale espontáneamente rezar. Si alguien no se considera creyente, y sí buena persona, hará manifestaciones de buenos deseos sacando lo mejor y más entrañable de su interior. No es poco que la práctica de la oración se

cultive y se lleve a cabo personal y comunitariamente. No es melifluido que en Navidad, por ejemplo, surjan los mejores sentimientos y deseos de un modo universal, no del todo circunscrito al ámbito cristiano. No es absurdo, ni descomprometido, que en la Iglesia existan comunidades religiosas, sobre todo de índole monástica, fundamentalmente orantes.

En definitiva, cuando peor están las cosas es cuando mejor están para resolverlas y hallar soluciones. No hay más deterioro moral que el de la falta de decisiones o el de errar en las decisiones. No hay peor cosa que esa mediocridad de cambiar algunas cosas para que todo siga igual. No hay comunidad que se mantenga viva en la rutina, si no es auténtica desde una identidad abierta a la vez que fundada en una seria tradición, no mítica o de mera leyenda inventada, extrapolada históricamente o frivolidada socialmente. El sentido comunitario es algo muy serio. Hace falta una nueva cultura desde ese sentido de comunidad afianzado en la creatividad de un orden nuevo, en la propuesta de un justo, decidido y grato humanismo.

Notas

1 Pueden verse algunos trabajos como los siguientes sobre los que avanzar: VILLEGAS, M. (1981) *La nueva cultura*. Madrid, Taurus; ALLIOT-MARIE, M. (1983) *La décision politique*. Paris, PUF; QUINTANA, J. M. (1987) *La educación moral: sus problemas*. Madrid, CSIC; ORTEGA, P. (2001) *La educación moral del ciudadano hoy*. Barcelona [etc.], Paidós; FARIÑAS, M. J. (2000) *Globalización, ciudadanía y derechos humanos*. Madrid, Dykinson; YÚDICE, G. (1997) *Globalización de la cultura y nueva sociedad*. Caracas, Cipost.

2 NAVAL, C. (1995) *Educación ciudadana: la polémica liberal comunitarista en educación*. Pamplona, EUNSA; RUBIO, J. (2000) *Educación moral, postmodernidad y democracia: más allá del liberalismo y del comunitarismo*. Madrid, Trotta.

3 Se defiende que la comunidad es el ámbito social, natural o inmediato, donde se aprende la práctica de la virtud y donde el sujeto se inicia en una determinada tradición.

4 También casi todavía a mitad del siglo XX, tenemos: SEMANAS SOCIALES DE ESPAÑA (Edición XVII, Pamplona, 1957) (1958) *Por una comunidad internacional*. Madrid, Junta Permanente de las Semanas Sociales. Sin embargo, son verdaderamente recientes las abundantes publicaciones sobre el tema de la globalización. He aquí algunos ejemplos que se han tenido como referencia: MÀRIA I SERRANO, J. F. (2000) *La globalización*. Barcelona, Cristianisme i Justícia (Cuaderno 103); CASALS, C. (2001) *Globalización: apuntes de un proceso que está transformando nuestras vidas*. Barcelona, Intermón; BAUMAN, Z. (1999) *La globalización: consecuencias humanas*. México, FCE; ESTAY, J. y otros (coords.) (1999) *La globalización de la economía mundial: principales dimensiones en el umbral del siglo XXI*. México, UNAM; ADDA, J. (1999) *La globalización de la economía: orígenes y desafíos*. Madrid, Sequitur. Se puede hacer la observación sobre cierta incorrección terminológica en estos dos últimos títulos. El término globalización es más propio en su uso para referirse a lo social, cultural, etc., mientras que en referencia a lo económico se suele usar el término mundialización, aunque los dos términos se refieren a lo mismo. Sin embargo, la obra citada de Adda, traducida al castellano por J. Ortega, en su original en francés, el título es, de acuerdo con la observación que se ha hecho: *La mondialisation de l'économie*. De hecho la edición traducida fue revisada por el autor.

5 HERNÁNDEZ, R. (2002) "El I I-S, los valores espirituales y un nuevo orden mundial", *ABC*, 7 enero, 3.

6 (2002) *Ecclesia*, 3079, 11.

- ADDA, J. (1999) *La globalización de la economía: orígenes y desafíos*. Madrid, Sequitur.
- ALLIOTMARIE, M. (1983) *La décision politique*. Paris. PUF.
- BAUMAN, Z. (1999) *La globalización: consecuencias humanas*, México, FCE.
- BELLAH, R. N. (1989) *Hábitos del corazón*. Madrid, Alianza.
- CASALS, C. (2001) *Globalización: apuntes de un proceso que está transformando nuestras vidas*. Barcelona, Intermón.
- DÍEZ, J. J. (1980) *La comunidad educativa*. Madrid, Narcea.
- DORADO, M. A. y otras (1998) "La relación en la comunidad educativa", en AA. VV. "Crear lazos": *Un estilo de comunidad educativa* [Jornadas de Pastoral Escolar FERE]. Madrid, Ediciones San Pío X, pp. 61-129.
- DUCH, L. (1997) *La educación y la crisis de la modernidad*. Barcelona, [etc.], Paidós.
- ESTAY, J. y otros (coords.) (1999) *La globalización de la economía mundial: principales dimensiones en el umbral del siglo XXI*, México, UNAM.
- FARIÑAS, M. J. (2000) *Globalización, ciudadanía y derechos humanos*. Madrid, Dykinson.
- GRISEZ, G. Y SHAW R. (1999) *Ser persona. Curso de Ética*. Madrid, Rialp.
- HERNÁNDEZ, R. (2002) "El 11-S, los valores espirituales y un nuevo orden mundial", ABC, 7 enero, p. 3.
- JÁUREGUI, J. A. (2001) *La identidad humana*. Barcelona, Martínez Roca.
- JUAN PABLO II (1987) [Encíclica] *Sollicitudo rei socialis*, Madrid, PPC.
- . (1998) [Encíclica] *Fides et ratio (Sobre las relaciones entre la fe y la razón)*. Madrid, PPC.
- LLANO, A. (1999) *Humanismo cívico*. Barcelona, Ariel.
- LÓPEZ DE LA OSA, J. R. (coord.) (2001) *Globalización e identidad. Cuestionamientos socioculturales e interrogantes éticos*. Madrid, PS.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1999) *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*. Madrid, BAC.
- MACINTYRE, A. (1987) *Tras la virtud*. Barcelona, Crítica.

--. (1992) Tres versiones rivales de la ética. *Enciclopedia, Genealogía y Tradición*. Madrid, Rialp.

--. (1994) *Justicia y racionalidad. Conceptos y contextos*. Barcelona, EIUNSA.

--. (1999) *Dependent rational animals: why human beings need the virtues*. Chicago, Open Courts Publishing Company.

MALEN, J. F. (2000) *Globalización, comercio internacional y corrupción*. Barcelona, Gedisa.

MANJÓN, J. (coord.) *El bienestar social y la educación en valores: una relación indispensable*, Sevilla, Fundación San Pablo Andalucía CEU.

MÀRIA I SERRANO, J. F. (2000) *La globalización*. Barcelona, Cristianisme i Justicia (Cuaderno 103).

NAVAL, C. (1995) *Educación de ciudadanos: la polémica liberal-comunitarista en educación*. Pamplona, EUNSA.

ORTEGA, P. (2001) *La educación moral del ciudadano hoy*. Barcelona [etc.], Paidós.

QUINTANA, J. M. (1987) *La educación moral: sus problemas*. Madrid, CSIC.

RUBIO, J. (2000) *Educación moral, postmodernidad y democracia: más allá del liberalismo y del comunitarismo*. Madrid, Trotta.

RUIZ, C. M. (2000) *Tradición, universidad y virtud: filosofía de la educación superior en Alasdair MacIntyre*. Pamplona, EUNSA.

SANDEL, M. J. (1982) *Liberalism and the limits of justice*. Cambridge, Cambridge University Press.

SAXE FERNÁNDEZ, J. (coord.) (1999) *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM.

SEMANAS SOCIALES DE ESPAÑA (Edición XVII, Pamplona, 1957) (1958) *Por una comunidad internacional*. Madrid, Junta Permanente de las Semanas Sociales.

SUÁREZ, F. (2001) *Claves para la formación ética desde la relación virtudes-valores según la teoría moral de Alasdair MacIntyre*. (Tesis doctoral, inédita), Sevilla, Departamento de Teoría e Historia de la Educación y Pedagogía Social, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de Sevilla.

TAYLOR, C. (1994) *La ética de la autenticidad*. Barcelona [etc.], Paidós.

--. (1996) *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Barcelona [etc.], Paidós.

THIEBAUT, C. (1992) *Los límites de la comunidad*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

VILLEGAS, M. (1981) *La nueva cultura*. Madrid, Taurus.

WALZER, M. (1993) *Las esferas de la justicia: una defensa del pluralismo y de la igualdad*. México, FCE.

--. (1998) *Tratado sobre la tolerancia*. Barcelona [etc.], Paidós.

YÚDICE, G. (1997) *Globalización de la cultura y nueva sociedad*. Caracas, Cipost.